

NICOLASÍN Y NICOLASÓN.

Era en verdad molesto, que hubiese en la misma aldea dos hombres que se llamaban del mismo modo. Les digo a ustedes que la cosa era más que desagradable.

Es cierto también que uno de ellos era rico y poseía cuatro caballos, mientras el otro era pobre y sólo tenía uno, mas tal diferencia no bastaba a las gentes del pueblo para distinguir al uno del otro.

Pero ahora caigo ¿no era el uno alto y robusto y el otro pequeño y endeble? Pues llamaremos al primero Nicolasón y Nicolasín al segundo. Esto se dijeron los vecinos de la aldea y de este modo creyeron que no los confundirían jamás.

Durante toda una semana, Nicolasín labró por cuenta del rico Nicolasón, utilizando su caballo, pero en cambio, cuando llegó el domingo, Nicolasón tuvo que prestar sus cuatro corceles a Nicolasín.

Ya podeis figuraros si éste se sentiría orgu

lloso de llevar aquello cinco hermosos animales, y con qué regocijo haría restallar la fusta por encima de sus enarcadas cabezas.

El domingo de nuestro cuento era espléndido: brillaba el sol con cegadora intensidad y en el campanario repicaban alegremente las campanas. La gente del pueblo miraba al sol y escuchaba el repique, y vestida con sus trajes de fiesta se encaminaba a la iglesia.

Al pasar junto a las tierras de Nicolasín le vieron que labraba y se detuvieron a contemplar su hermoso atalaje de cinco caballos.

Nicolasín no cesaba de restallar la fusta y de gritar:—¡Arre! ¡vaya unos cinco caballos que tengo!

Lo oyó Nicolasón y exclamó indignado dirigiéndose a Nicolasín:

—No digas que son tuyos esos cinco caballos. Demasiado sabes que sólo uno te pertenece.

Calló Nicolasín, pero en cuanto vió pasar otro grupo de aldeanos no pudo contenerse y volvió a gritar:

—¡Arre! ¡que cinco caballos tengo! ¡Arre! Esta vez Nicolasón perdió la paciencia y le dijo encolerizado:

—Si vuelves a repetir lo que has dicho te mato el caballo.

—Ya no volveré a decirlo, exclamó Nicolasín, pero apenas se detuvieron a contemplarle otros

labriegos, restalló la fusta y gritó de nuevo alegremente:

—¡Arre! ¡qué cinco caballos tengo!

Entonces Nicolasón, que le había oído, cogió una piedra y la tiró a la cabeza del caballo de Nicolasín matando al pobre animal.

—¡Ay de mí! exclamó Nicolasín. ¡De los cinco caballos ya no me queda ni siquiera el mío! Y al decir esto lloraba amargamente.

Pero no le duró mucho el llanto. Secó sus lágrimas y comenzó a desollar a su caballo, y luego colgó la piel para que el viento la secase.

En cuanto estuvo seca, la guardó Nicolasín en un saco, que se echó auestas, y se fué a la ciudad próxima con objeto de vender su mercancía.

Una furiosa tempestad le hizo extraviarse en el bosque y no pudo encontrar el camino, ni aun para volverse a su aldea. De pronto vió a lo lejos algunas lucecillas y Nicolasín allá se fué con la esperanza de encontrar albergue.

En efecto, aquellas luces procedían de una granja, y aunque las celosías estaban cerradas, la luz se filtraba por las rendijas.

Nicolasín era chiquito, pero resuelto, y como además tenía sueño, no vaciló en llamar a la puerta de la granja.

Abrió la dueña, mas en cuanto oyó a Nicolasín que pedía pasar allí la noche, le dijo que siguiera su camino.

—Mi marido, dijo, no está en casa y no puedo albergar así como así al primero que llegue.

—¿Y tendrá usted tan poca caridad que me deje pasar la noche al raso? dijo Nicolasín amostazado.

La granjera, por toda respuesta, le dió con la puerta en las narices.

El pobre Nicolasín reparó de pronto en que junto a la casa había un pajar, y allí se encaramó diciendo:

—Pasaremos la noche como se pueda; así como así la paja me servirá de colchón y más vale colchón de paja que almohada de piedra.

Disponíase el mozo a tenderse, cuando, al asomarse a la entrada del pajar, reparó en que a través de las celosías podía verse claramente lo que pasaba en el comedor de la granja.

La mesa estaba servida de un modo espléndido. Pescados, aves, vinos, nada faltaba; hasta había palillos para los dientes.

Ya supondrán ustedes que a Nicolasín se le hacía la boca agua al ver aquellas cosas tan buenas, y sentirse el estómago vacío.

—¡Vaya un banquete que me daría si me dejaran solo con esas cosillas! murmuraba el hombre relamiéndose. ¡Aseguro que me lo comía todo, aunque hubiera el doble de lo que veo!

En esto se oyó el ruido de los pasos de un caballo que se acercaba a la granja. Entre la som-

bra vió Nicolás en el bulto de un corcel cabalgado por un hombre.

Era el propio granjero que volvía a su casa cuando menos se le esperaba. Tenía el hombre buen corazón, pero aborrecía a su cuñado. Canuto porque éste tenía tres pelos en la frente y así es que en cuanto lo veía comenzaba a darle patadas en la nuca, o en la rabadilla. Se ponía hecho una fiera.

Como al fin y al cabo Canuto era hermano de la granjera, ésta le mandaba llamar apenas se marchaba su marido, y le agasajada con todo lo que podía. Por eso aquella noche le obsequiaba con un banquete, a escondidas de su esposo.

En cuanto oyó Canuto el ruido de los pasos del caballo, se echó a temblar y pidió a su hermana que le escondiese.

—Éntrate en ese cofre vacío, dijo la mujer, y allí estate quieto, que mi marido no te encontrará.

No se lo hizo repetir Canuto, y se metió en el cofre a toda prisa.

La granjera recogió las vituallas destinadas a la cena y las escondió en el horno de la cocina. Todo se hizo con tal rapidez que cuando entró el granjero no quedaba rastro de Canuto ni de cena.

Nicolás, desde el pajar, no había perdido el más leve detalle de todas estas maniobras.

—¡Ay! ¡ay! suspiraba el infeliz al ver desapa-

recer en el horno los pasteles, el pescado y otra porción de apetitosos manjares.

—¡Quién va! exclamó el granjero al oír los suspiros de Nicolás. ¿Hay alguien en el pajar?

—Soy yo, Nicolás, repuso el mozo.

—¿Y qué haces ahí? Baja en seguida para que vea yo qué casta de pájaro eres.

Descendió Nicolás y explicó al granjero su presencia en aquel lugar por haberse extraviado en el bosque.

—Está bien, dijo el hombre compadecido. Entra conmigo en casa y cenaremos juntos.

La granjera los recibió con la mayor amabilidad. Extendió el mantel sobre la mesa y ofreció a cada uno un plato de sopa.

Pero a Nicolás se le hacía la boca agua al pensar en las buenas cosas que la granjera había escondido.

Al sentarse a la mesa puso Nicolás a sus pies la piel de su caballo y como la pisara, comenzó la piel a crujir.

Entonces se le ocurrió una idea, que no fué mala como van ustedes a ver. Nicolás se inclinó hacia la piel del caballo y murmuró: «¡Silencio! ¡a callar!» como si hablase con alguno, pero al propio tiempo que esto hacía, pisoteaba el saco y la piel volvió a crujir con más fuerza,

—¿Qué tienes en el saco? preguntó el granjero

—¡Un duendecillo! repuso Nicolás. Y es el caso que mi duendecillo me está diciendo que no

coma sopa, porque acaba de poner en el horno de la cocina pasteles, pescados y otra porción de cosas buenas.

—¡Caramba! exclamó alborozado el granjero, ¡vamos a ver si es verdad! Y levantándose precipitadamente se fué al horno de la cocina, y quedó estupefacto al ver que cuanto el duende dijera se encontraba allí. ¡Todo! pasteles, pescado, vino...

A todo esto la granjera no se atrevía a decir palabra. Sacó del horno los apetitosos manjares y los sirvió a su esposo y a Nicolasín, que en menos de un periquete se llenaron el estómago de cosas buenas.

De nuevo apretó Nicolasín la piel de su caballo y ésta chilló otra vez.

—¿Qué dice ahora ese duendecillo tan simpático? preguntó el granjero.

—Pues aseguro que quedan tres botellas de vino en el horno.

El granjero dijo a su esposa que las trajera y la infeliz tuvo que abrir de nuevo el horno y sacar las tres botellas de vino. El granjero se las bebió y se puso más alegre que unas castañuelas.

¿—Sabes, muchacho, dijo, que vería con gusto a tu duendecillo?

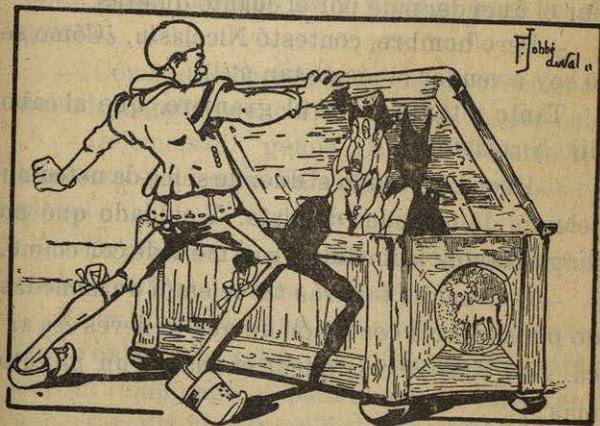
—Cuidado con ello. Mi duende hace cuanto se le pide, pero no hay que verle porque es feo como un oso.

—No importa. A mí no me dará miedo. Pero dime ¿a qué se parece?

—A un sacristán de pueblo, repuso Nicolasín, que recordaba muy bien la traza de Canuto.

—Entonces, como mi cuñado. ¡Lástima que yo no pueda ver a Canuto sin atizarle un coscorrón! Pero en fin, como no es Canuto, sino el duende, le veré. ¡Vaya, enséñamelo.

—Convenido, pero aguarde usted un momento, que mi duende quiere decirme algo. Y Nicolasín volvió a apretar con el pie su misterioso saco. La piel volvió a crujir con fuerza y Nicolasín se inclinó como para escuchar lo que el duende le decía.



—¿Y ahora qué dice el duende? preguntó el granjero.

—Pues dice, repuso Nicolasín con voz grave, que si quiere usted verle, levante usted la tapa de

aquel arcón. Pero no levante mucho la tapa, porque si no se escapará.

—Pues ayúdame a levantar la tapa, porque es muy pesada.

Acercáronse, pues, al arca en donde Canuto temblaba como un azogado, levantaron la tapa poquito a poco, y el granjero echó una mirada inquieta al interior.

—¡Oh que cosa tan horrible! exclamo el pobre hombre retrocediendo horrorizado. La verdad es que el duende se parece a mi cuñado Canuto, a quien Dios confunda. Ahora mismo me vas a vender el duende; pide por él cuanto quieras.

—Pero hombre, contestó Nicolasín, ¿Cómo se lo voy a vender si me es tan útil?

Tanto y tanto porfió el granjero, que al cabo dijo Nicolasín:

—Bueno; le vendo el duende si me da usted un celemín de monedas de plata. Y cuidado que no tenga trampa la medida y que me la dé con colmo.

—Convenido: tendrás un celemín de monedas de plata, pero a condición de que te lleves esa arca. No quiero que se quede en casa ni un minuto más.

Dió Nicolasín al granjero el saco que encerraba la piel de su caballo muerto, y se fué alegremente llevándose en una carretilla el arca y su celemín de monedas.

A todo esto el infeliz Canuto seguía encogido

dentro del arca, preguntándose qué iban a hacer de él.

Nicolasín atravesó el bosque hasta llegar a un puente que cruzaba sobre un ancho río.

Al llegar a la mitad del puente, detúvose el mozo y comenzó a hablar, lo bastante fuerte para que Canuto lo oyera.

—¿Que voy a hacer, decía, con este maldito cofre? Pesa tanto que debe estar lleno de piedras. Nada, nada, lo mejor es tirarlo al río.

—¡Espere, espere buen hombre! gritó Canuto aterrado. Déjeme salir y luego haga lo que quiera.

—¡Cómo! dijo Nicolasín fingiendo creer que el duende seguía en el cofre. ¿Aun está usted ahí?

—Déjeme salir; gemía Canuto. Déjeme que me vaya y le daré un celemín de monedas de plata.

—En ese caso, convenido, dijo Nicolasín, y dejando el cofre en tierra, levantó la tapa.

Ya os figuraréis que en cuanto la tapa del cofre se entreabrió salió de allí Canuto más rápido que un relámpago, y, para que no lo volvieran a encerrar, dió un puntapié al cofre y lo tiró al río. Nicolasín le acompañó a su casa y allí recogió un celemín de monedas de plata.

—Vaya, se decía Nicolasín, no me han pagado mal la piel de mi caballo.

Regresó a su casa y cuando estuvo en ella ver-

tió sus celemines sobre el suelo, divirtiéndose en ver como rodaban las monedas.

Contó su tesoro y después de hacerlo mon-toncitos comenzó a bailar alrededor. Aplaudía estrepitosamente y exclamaba gozoso: «¡Nicolasín, ya eres rico!»

Luego se echaba a pensar:—¿Qué dirá Nicolasón cuando vea lo que me ha producido la piel de mi caballo.

Entónces envió a un muchacho a casa de Nicolasón para que le prestara una medida pequeña.

—¿Qué querrá medir Nicolasín? se preguntó Nicolasón, y para averiguarlo cubrió de sebo el fondo de la medida. «Gracias a este sebo, se dijo, quedará pegado al fondo algo de lo que mida, y así sabré lo que es.»

Y precisamente esto fué lo que ocurrió. Al devolverle la medida, Nicolasón se apresuró a mirar el fondo y allí encontró tres monedas de plata.

No quería Nicolasón dar crédito a sus ojos. ¡Cómo! ¿Nicolasín era rico y él no lo sabía? Era preciso averiguar la verdad. Dicho y hecho: se puso la chaqueta y se fué a casa de Nicolasín.

—¿En dónde diantres has ganado tanta plata? le preguntó.

—Pues muy sencillamente; he vendido la piel de mi caballo.

—¿Cómo? exclamó Nicolasón sorprendido.

«¿Todo esto te han dado por una piel de caballo? Y abría los ojos desmesuradamente al ver los dos celemines de monedas de plata.

Nicolasón salió a escape de casa de Nicolasín. se fué a la suya y cogiendo un hacha mató a sus cuatro caballos, los desolló y se llevó las pieles a la ciudad para venderlas.

—¡Pielés! ¡Ricas pielés! ¡quién quiere pielés frescas! gritaba Nicolasón.

—Los zapateros y curtidores salieron de sus casas a toda prisa a fin de preguntarle el precio de sus pielés.

—Un celemín de plata por cada una, dijo Nicolasón.

—¡Está loco! exclamaron zapateros y curtidores. ¡Un celemín de plata! ¡Si dijera de piedras! Y se volvieron a sus tiendas.

Nicolasón continuó recorriendo la ciudad voceando su mercancía: ¡Pielés! ¡Ricas pielés! ¡quién quiere pielés frescas!

Entonces los zapateros empuñaron sus correas y los curtidores sus mandiles de cuero, y comenzaron a zurrar al pobre Nicolasón haciéndole correr.

—¿Con qué pielés frescas? gritaban. ¡Tu piel es la que queremos!

Nicolasón tuvo que escapar de la ciudad, y como nunca le habían corrido de tal modo, se irritó sobremanera.

—La culpa la tiene Nicolásín, se decía, pero me las va a pagar. En cuanto lo pille lo reviento.

Tenía Nicolásín una abuelita que acababa de morir, y para que el cadáver estuviera en sitio decoroso, la acostó en su propia cama hasta el día siguiente en que se la iba a enterrar. Él pasaba la noche en una silla velando a su abuelita.

De pronto, a media noche, se abre suavemente la puerta de la casa y aparece Nicolásín armado de un hacha. Como sabía donde se hallaba el lecho de Nicolásín, se dirigió allí sin vacilar y asestó un terrible golpe sobre la muerta, y creyendo haber matado a Nicolásín salió corriendo.

—Ahora, decía, no me volverá a engañar.

—¡Ah criminal! dijo Nicolásín que lo había presenciado todo, ese bandido quería matarme.

A la tarde siguiente Nicolásín encontró a Nicolásón en un sendero cerca del pueblo.

Nicolásón quedó asombrado.—Pero qué, exclamó, ¿no estás muerto? Yo creí haberte rematado anoche.

—En efecto, eres un asesino, dijo Nicolásín. Anoche viniste a mi cuarto con una hacha y trataste de matarme, pero yo no estaba en mi cama, en la que reposaba mi abuelita que acababa de morir, y ella fué quien recibió el hachazo por el cual serás castigado.

Entonces cobró miedo Nicolásón y temiendo que Nicolásín le denunciara a la justicia, se apo-

deró de él y le metió en un saco que llevaba al hombro.

—Esta vez no te me escapas, dijo, y de ese modo no contarás nada a nadie.

Pero desde el sendero hasta el río el camino era largo, y Nicolásín se resistía de tal modo dando patadas dentro del saco, que Nicolásón se fatigó, a pesar de su fuerza.

Pasaba el camino por delante de una iglesia, y los fieles cantaban al son del órgano.

Nicolásón dejó el saco junto a la iglesia, y en vez de entrar en ella se fué a la taberna para beber un vaso de vino.

Nicolásín, por más que hacía, no lograba escapar del saco.

En aquel momento pasó por allí un viejo pastor provisto de una larga vara. Conducía un rebaño de vacas y bueyes. Uno de estos, al ver moverse el saco, embistió contra él y de un topetazo le lanzó en el aire.

—¡Socorro! ¡socorro! gritó Nicolásín que creyó llegada su última hora. ¡Soy tan joven para morir! ¡ayudadme a salir del saco!

El pastor desató el saco y cuando Nicolásín le hubo contado sus cuitas, cogió un ternerillo, recién nacido, y lo metió en el saco para reemplazar a Nicolásín, atándolo de modo que Nicolásón no advirtiese el cambio efectuado.

Hecho esto se alejaron de allí, y el viejo, que